



DON JOSE SANTA ANA.

Indio de raza pura fue este caudillo, cuyas hazañas apenas son conocidas por unos cuantos eruditos, no obstante que en su tiempo fueron públicas y se repetían en la extensa Provincia de la Nueva Galicia.

Era nativo del pueblo de Mexcala, situado á orillas de la gran laguna de Chapala en el límite de las Provincias de Michoacán y Nueva Galicia; en 1810 era Alcalde ó Gobernador de su pueblo natal, sin haber abandonado la ocupación que tenía y que era la de pescador de la laguna, cuya topografía conocía perfectamente por lo mucho que había navegado en ella. Como todos los gobernadores de indígenas se lanzó á la guerra al ser llamados por el amo Torres, y tomó parte en bastantes refriegas como hubo en la Nueva Galicia durante el año de 1811; sin embargo, Cruz consiguió poner algún

orden en la Provincia á fines de ese año y hacer que los insurgentes de ella pasasen á las vecinas de Guanajuato y Michoacán; pero cuando trató de hacer lo mismo con los indígenas sublevados de Mexcala, se encontró con los obstáculos materialmente insuperables que le opusieron los insurgentes.

En efecto, con la facilidad que tenían de embarcarse en la laguna, cuando sufrían algún revés y sabiendo que sus espaldas estaban guardadas perfectamente, no tenían á los realistas, y con los primeros éxitos que alcanzaron se volvieron audaces y con frecuencia tomaban la ofensiva; aumentó su confianza cuando por consejos del Cura del pueblo, Don Marcos Castellanos, se situaron en las islas de la laguna, principalmente en la de Mexcala que tiene capacidad regular para una población, es naturalmente defendible y su acceso es difícil por casi todo su contorno. Comprendiendo Cruz que la guerra á los indígenas de la laguna sería larga, trató de atraerlos por medio de proclamas, una de ellas, llevada por un camisionado especial, concluía diciendo que de ellos dependía la tranquilidad de la comarca ó que correría la sangre, por lo que al terminar la lectura y esperar contestación el comisionado, los naturales contestaron á una voz: "Que corra el sangre."

El Noviembre de 1812, empezaron las hostilidades de parte de los realistas, que ata-

caron el pueblo de San Pedro Ixican, situado en la margen Norte del lago: el realista Serrato desalojó á Encarnación Rosas y empezó á quemar las casas del pueblo, pero auxiliado el último por Santana, el jefe realista quedó derrotado y perdió muchas armas; esta victoria fué seguida de la que sobre Hernández situado en Poncitlán, obtuvieron, y de la que á costa del Cura Alvarez obtuvieron días después. Cruz entonces dispuso hacer una formal campaña sobre la isla, y al efecto escogió como cuartel general de la división que á las órdenes de Don Angel Linares estableció en las márgenes, el pueblo de Ocotlán, y mandó fabricar en San Blas una flotilla: el primer combate que se verificó entonces (Febrero de 1813), fué enteramente naval, á la vista de la isla, y en él pereció Linares, todos sus oficiales menos uno y veintitrés soldados, perdiendo los realistas casi toda su escuadrilla. Cruz, lleno de sentimiento, dió parte al Virrey de este suceso en oficio reservado del 27 de Febrero, temiendo las consecuencias que podrían resultar, y para precaverlas puso la división á la defensiva, formó una nueva escuadrilla y llamó de San Blas al Teniente de Fragata, Don Manuel de Murga, para que se pusiese al frente de ella.

Negrete se encargó interinamente del mando de la división y creyó empresa sencilla tomar la isla á viva fuerza, pero se

vió batido en el puerto de la Peña, en el del Vigía y en la Angostura, perdió gente, armas, cañones y lanchas, y él mismo resultó herido y con dedos de la mano menos. Esta serie de acciones dadas en los meses de Abril á Junio de 1813. convencieron á Negrete de lo difícil que era la empresa y lo obligaron á que estableciéndose en el campo de Tlachichilco, redujese su actividad á mantener un constante bloqueo. Pero Santana y sus soldados eran incansables y continuamente hacían desembarcos en todos los puntos de la laguna, mas que para batir á los realistas para proveerse de víveres y de armas, ayudados como eran por todos los pueblos de las inmediaciones y aun de puntos más lejanos, pues aun de Guadalajara les enviaban noticias que podían interesar á los defensores del fuerte de la laguna. Sería interminable la tarea de narrar todos los combates que Santana y Rosas sostuvieron, principalmente el primero; además, no resultaría completa, pues el Cura Castellanos tuvo cuidado de quemar el archivo para que no cayese en manos de Cruz y fuesen castigadas todas las personas que ayudaban á los sitiados; únicamente se sabría toda la verdad de la defensa de la isla, si aun existiese el diario que el señor Hernández Dávalos tuvo en su poder y que abraza un espacio de varios años.

Santana sufrió varios reveses, pero éstos

nunca compensaron las victorias que obtuvieron; jamás llegaron á faltar los víveres en la isla ni las municiones, á pesar del riguroso bloqueo establecido en varios puntos, pues no era posible cuidar todo el perímetro de la laguna que es de ochenta leguas, y los Comandantes realistas se sucedían unos á otros sin hacer nada de provecho: el Comandante insurgente de Nueva Galicia, Don José María Vargas, varias veces estuvo en la isla y numerosas ocasiones la socorrió sin que los sitiadores se percatasen de ello. Una epidemia que se declaró en 1816, mermó mucho el número de defensores de la isla, cuyos habitantes de todos sexos y edades, era generalmente de mil almas. La escuadrilla construida en San Blas que se situó en Tlachichilco, únicamente se ocupó de talar las márgenes de la laguna para evitar que los sitiados se proveyesen de víveres, pero semejante sistema no dió ningún resultado. Tal estado de cosas duró cinco años.

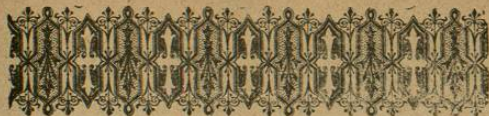
En Agosto de 1816 y con motivo de la sangrienta acción dada en las cercanías de Chapala, entre Correa y el insurgente Chávez, en la que quedaron en el campo cerca de quinientos combatientes, se activaron las operaciones del bloqueo; el alférez de Navío Bocalán, recorrió la laguna "acabando con todos los sembrados y rancherías de las orillas, deteniéndose más de lo necesario

para hacerlo bien de una vez, en términos de que no quedase más de zacate, no dejándoles ni el más mínimo recurso de maíz en toda la costa." Los valientes defensores de la isla se vieron reducidos á la última extremidad y muy mermado su número, como se lo hacían saber á Vargas en una carta que les fué interceptada. Cruz, comprendiendo que la rendición no podía dilatar mucho tiempo, para abreviarla se trasladó al campo de Tlachichilco y empezó á enviar emisarios con propuestas de paz á Santana; por algún tiempo se negó éste á escucharlas hasta que una ocasión decidió ir personalmente á hablar con Cruz, siempre que éste le prometiese que no le haría ninguna felonía: el general español lo prometió así, y ambos tuvieron una prolongada conferencia en la que, según la tradición refiere, el indio trató de igual á igual con el español y en la que por poco no se llega á un avenimiento, pues Santana se indignó al oír las reconvenções de Cruz. Al día siguiente volvieron á Tlachichilco Santana y el Padre Castellanos y quedó concertada la capitulación, por más que Cruz no quisiese darle ese nombre y dijese que se trataba de un simple indulto.

Los sitiados regresarían á sus tierras, las que les serían devueltas si habían sido confiscadas, no serían perseguidos por los sucesos pasados, conservarían sus autoridades

y su mantención correría á cargo de los realistas mientras llegaban á sus pueblos. Cruz cumplió lo convenido, siendo de notar que el más feroz realista, como era él, fué el primero que entró en tratos con los insurgentes. El 25 de Noviembre ocupó las islas chica y grande, encontrando diez y siete cañones y mucho parque, pero ni un grano de maíz, que hubo necesidad de llevar violentamente para que los rendidos no murieran de hambre. Santana quedó de Comandante de la isla durante un año, hasta que Cruz hizo construir un presidio.

La gloriosa defensa de Chapala, ha inmortalizado el humilde nombre de José Santana, que murió algunos años después, en la obscuridad.



LIC. D. IGNACIO ALAS.

No obstante que estuvo en la revolución largo tiempo, casi nunca tomó las armas, y más bien sirvió á la causa de la Independencia con sus conocimientos y su pluma.

Nació en la provincia de Guanajuato, de una antigua familia radicada en la capital de aquella ciudad, y como todo criollo de aquella época, que deseando estudiar, no quería ser sacerdote, tuvo que seguir la carrera de la abogacía. Hizo sus estudios en el Seminario Conciliar de México y los prosiguió en el colegio de San Ildefonso, permaneciendo en esta capital después de haberlos terminado y de haber obtenido su título. Cuando en 1812 la juventud de las ciudades se lanzó al campo de los insurgentes, el joven Alas signió el impulso general y se fué á presentar á Rayón á fines de ese año; como éste anduviese entonces

á salto de mata, le fué de poca utilidad el nuevo insurgente, que pasó al lado de Morelos, al cual sirvió en la Secretaría y en diversas comisiones que le confió, contribuyendo á la convocación del Congreso de Chilpancingo.

Ayudó á este Cuerpo eficazmente, y cuando se reorganizó, Don Ignacio Alas formó parte de él representando la provincia de Guanajuato. Lo acompañó en la peregrinación que emprendió después que se vió perseguido por Iturbide, desde Uruápam hasta Tehuacán, camino en el cual cayó prisionero Morelos por salvar al Congreso. Reunido éste en Coxcatlán, á inmediaciones de Tehuacán, una de las primeras providencias fué la de completar el número de triunviros que componían el Poder Ejecutivo: eran ellos, pocos días antes, Morelos, Licéaga, que se había quedado en Michoacán, y Don Antonio Cumplido, mas con la prisión de Morelos faltaba uno y fué designado para llenar el puesto vacante el Lic. Don Ignacio Alas.

En su nuevo cargo nada pudo hacer, pues unos cuantos días después fué disuelto el Congreso por Terán, y Alas y Cumplido, aunque quedaron formando parte, en unión del primero, de la "comisión ejecutiva" que reemplazó al disuelto Congreso, comprendieron que nada tenían que hacer allí, donde imperaba Terán, por lo que aprovechán-

dose de la circunstancia de que la mayoría de los jefes insurgentes no quisieron reconocer el nuevo orden de cosas, en la primera oportunidad que se les presentó se volvieron á Michoacán. Don Ignacio Rayón, que seguía teniendo sus pretensiones de ser reconocido como único jefe de la revolución, procuró atraerse á Alas, pero éste se negó á unírsele, y considerando por otra parte que sus poderes ya habían caducado después de lo ocurrido en Tehuacán, reconoció á la Junta de Jaujilla, que era como la sucesora del Congreso disuelta como lo había sido la de Taretan. Por otra parte, no teniendo partida ninguna á sus órdenes, siguió á la de Bravo (Don Nicolás) que era de las menos desorganizadas, y durante bastante tiempo acompañó á este jefe.

Pero viendo que la insurrección declinaba rápidamente trató, como todos, de indultarse, y no obstante que estaba en el fuerte de Cópore (Noviembre de 1817) con Bravo, ya había entrado en negociaciones con el Comandante Aguirre; habiéndose sabido sus manejos con los realistas Bravo lo puso preso en el fuerte, pero atacado éste por el dicho Comandante, que lo ocupó, Alas cayó en poder de Aguirre, que lo trató bien y lo ayudó á que consiguiese el indulto, como sucedió. El ex-Diputado insurgente se radicó en Guanajuato y luego en México, donde vivió penosamente los

tres años siguientes, sin tomar ya parte en los asuntos públicos. En Abril de 1821 se presentó en el Bajío á Iturbide el cual lo nombró Asesor y después Auditor de guerra, con cuyo carácter hizo la Independencia, y habiendo empezado el Gobierno nacional, desempeñó el cargo de Comisario general de Hacienda. Como era conocedor del ramo, no le afectaron los cambios políticos que hubo, y siguió ascendiendo en su carrera hasta llegar á Tesorero federal: el Gobierno de Bustamnte lo hizo Ministro de Hacienda en 20 de Agosto de 1832, y aunque tenía proyectos para reorganizar la hacienda federal, no pudo desarrollarlos, por haber dejado el puesto el 10. de Febrero de 1833.

Aún continuó prestando sus servicios á la Nación en asuntos hacendarios hasta su muerte, ocurrida en esta capital el 11 de Noviembre de 1843.



DON REMIGIO DE YARZA.

Pasados los primeros días de la revolución, en que los militares abundaban, quedaron al frente de la revolución labradores, abogados y sacerdotes, éstos en inmensa mayoría, y los segundos en una cantidad bastante apreciable y muy cercana á la de los últimos.

Uno más que tenemos que agregar á esta galería de biografías: Don Remigio Yarza. Era originario de la provincia de Michoacán, y muy amigo del Mariscal Don José Antonio Torres, que fué el que lo decidió á tomar parte en la revolución: llamado el "amo" á dar su opinión sobre la reunión de una Junta de gobierno consideró con el natural buen sentido que tenía que él no entendía de esas cosas y que mejor podía servir á la causa peleando en el campo que pronunciando discursos; consecuente con

esta idea dió sus poderes á Don Remigio Yarza para que lo representase en las Juntas que iba á haber en Zitácuaro, y tan buenas muestras de discreción y competencia dió, que Rayón le cobró afición y lo nombró al fin Secretario de la famosa Junta de Zitácuaro.

Con ese carácter autorizó todas las actas y actos de la Junta desde 1811 que se reunió, y cuando se vió obligada á emigrar á Tlalachapa y á Sultepec la acompañó siempre con el carácter de Secretario hasta que de hecho quedó disuelta. Entonces Yarza siguió por algún tiempo la suerte de Rayón, pero acordándose de que tenía mando militar, organizó una partida cuando ese jefe se encontró reducido á la última extremidad y se dirigió á Zacapu, donde se unió con el padre Torres para muchas de las expediciones que intentó. Reunido por Morelos el Congreso de Chilpancingo, Yarza concurrió á él no como Diputado, sino en calidad de auxiliar y resultó bastante útil, pues la práctica que había adquirido sirvió mucho á los Secretarios de ese Cuerpo para facilitar los trabajos de gabinete. Cuando se reorganizó ese Congreso, Yarza en unión de Don Pedro Bermeo fué nombrado Secretario, y con tal carácter firmó la Constitución de Apatzingan, (Noviembre de 1814). Siguió formando parte de él en esas circunstancias hasta antes de Septiem-

bre de 1815, en que lo substituyó Calvo. A causa de esta substitución no emprendió el viaje á Tehuacán, sino que permaneció en Michoacán al frente de una partida de insurgentes.

Cuando en Enero de 1816 Anaya disolvió la Junta subalterna de Taretan, los jefes insurgentes de Occidente, queriendo evitar la anarquía que por la falta de un Gobierno se produciría, formaron la Junta de Uruápam, (más tarde de Jaujilla), á iniciativa de Yarza, y aunque Don José María Vargas fué el Presidente de ella, en realidad quien dirigió su organización fué Don Remigio, que era hombre de orden; persiguió á Anaya, al que por poco fusiló, y determinó trasladarse á Jaujilla ó Zacapu, punto que le ofrecía mayores seguridades; Yarza terminó su período parlamentario de un año y no salió reelecto, por lo que con los ochocientos hombres armados y otros tantos sin armas que tenía á sus órdenes, se dedicó á merodear por la comarca que rodea aquella laguna. Nunca hizo algo de provecho como militar y casi no hay constancias de que se encontrara en acciones de guerra, pero no por eso sus consejos dejaban de ser aprovechados por otros jefes insurgentes, y principalmente por el padre Torres.

Es lástima que no ayuégase eficazmente á Mina cuando este jefe propuso distraer la

atención de los realistas á fin de obligarlos á levantar el sitio de los Remedios; y por su parte no se consideró con suficientes fuerzas para auxiliar el fuerte de Jaujilla cuando tan fué estrechamente sitiado que tuvo que rendirse. Habiendo quedado privados él y el padre Torres de la fortaleza donde se refugiaban, quedaron expuestos á ser aniquilados por el primer realista que les diese alcance: de aquí se originó probablemente la desavenencia entre ellos, pues no hay causa conocida de ella. Lo cierto es que el padre Torres mandó fusilar á Don Remigo de Yarza, orden que se llevó á cabo en los últimos días del año de 1819 en un pueblo de la provincia de Guanajuato, en la época en que la revolución, en decadencia, devoraba á sus propios hijos como si no tuviera necesidad del concurso de todos.



DON EPITACIO SANCHEZ.

El tono hiperbólico y la poca cordura con que los mexicanos hemos procedido siempre que de escribir la historia nacional se ha tratado, han hecho que alguien diga de Epitacio Sánchez que á haber nacido moscovita habría sido competidor del Hetman Platow ó de Milorawich, y si Varsovia lo hubiera contado por hijo habría figurado junto á Pomiatowsky. Estas y otras muchas exageraciones nos han hecho mucho daño y tiempo es ya de darles de mano para escribir la historia con la cabeza y no con el corazón; con crítica sana y no con entusiasmos perjudiciales

Don Epitacio Sánchez nació en la jurisdicción de Jilotepec, de la provincia de México, de una familia que tenía mediana proporción y que habiendo dedicado á su hijo á los trabajos del campo en los terre-

nos de su propiedad, hizo de él un magnífico jinete que conocía todo el deporte de ese ramo y que tenía pocos rivales jineando, lazando y coleando. Se lanzó á la revolución desde 1811, llevado de su entusiasmo por la Independencia, y se presentó á Don Ignacio Rayón, que lo hizo Capitán de la pequeña partida que lo acompañaba; al lado de Don Ramón Rayón se inició en el arte de la guerra, y dada su natural disposición, pronto estuvo práctico en la que entonces se hacía. Por su puntualidad en el servicio y su valor, fué gradualmente ascendiendo, y tenía á sus órdenes una fuerza de caballería, con la que se batió en Zitácuaro, Sultepec y Tenango; concurreó en Octubre de 1812 con el grado de Teniente Coronel al asalto de Ixmiquilpan, que se frustró por la defección de Francisco Villagrán. Como Rayón no pudo conservar reunido todo su ejército, procuró distribuirlo convenientemente, enviando á sus oficiales á los puntos que mejor conocían, de lo que provino que Sánchez fuese enviado á la serranía que se extiende por Chapa de Mota y Villa del Carbón hasta comunicarse por el Sureste con la de Montealto. Allí sostuvo frecuentes escaramuzas con las tropas realistas.

Por tener Morelos la suficiente caballería no fué llamado Epitacio Sánchez al sitio de Valladolid, limitándose á hostilizar

desde lejos la división de Iturbide; después de aquella acción lo llamó Don Ramón Rayón, que ya se había provisto de pólvora y municiones en Púcuaro, para que lo ayudase en la expedición que realizó por los alrededores de Querétaro: en la Barranca, Sabanilla y goteras de esa ciudad, quedaron derrotados los realistas, y Ordóñez, temeroso de ser atacado, reunió todas sus fuerzas y se atrincheró en Jilotepec, pero Rayón, aprovechándose de esta circunstancia, hizo que Sánchez caminase por la montaña en unión de Atilano García y cayese sobre Huehuetoca, donde se hizo de algún parque y armamento, poniendo además en gran ansiedad al realista que tenía al enemigo por el frente y por la espalda, (Abril de 1814). Rayón no supo sacar de su triunfo toda la ventaja que pudo, y se limitó á fortificarse en Cóporo.

Poco antes de que empezase ese sitio contribuyó Sánchez á derrotar á Llano en Jungapeo y durante él auxilió eficazmente á Rayón hasta que fué levantado. Tan tranquilos quedaron uno y otro jefe después de este resultado, que resolvieron tomar la ofensiva y atacaron en Jilotepec á Ordóñez, mientras este jefe pensaba en atacar á Sánchez en Nadó; el realista se defendió bien y consiguió desbaratar á la izquierda insurgente, con lo que se decidió la batalla en favor de Ordóñez. Esta de-

rrota, ocurrida en Mayo de 1816, disminuyó mucho los bríos de Coronel independiente y lo redujo á emprender pequeñas expediciones por la serranía. Comprendiendo Ordóñez que era esa la ocasión de someterlo, activó su persecución: en consecuencia, destacó al Capitán Hidalgo, que se presentó inopinadamente en Monte Alto y penetrando á la casa de Epitacio se llevó presos á la esposa é hijos de éste; en seguida le ofreció el indulto. Sánchez fió en las promesas del realista y no tuvo inconveniente en indultarse para rescatar á su familia, pero enterado el Dr. Magos de su resolución, trató de oponerse á ella y aun le sublevó parte de su gente. Con el resto se indultó Sánchez (Mayo de 1816), quedando con el grado de Teniente de realistas, y aunque procuró que se indultasen varios como Urbizu y Don Rafael Villagrán, persiguió á no pocos de sus antiguos compañeros y fusiló á bastantes. Después de la expedición de Mina quedó á las órdenes del Coronel Don Cirstóbal Villaseñor, y en Junio de 1819 ayudó eficazmente á la pacificación de la Sierra Gorda y al indulto de su amigo el Dr. Magos.

Cuando éste, en Mayo de 1821, insurreccionó toda la serranía de Huichápam, permaneció tranquilo Sánchez, pero por muy pocos días, pues se incorporó á Iturbide cuando éste desde Valladolid se dirigía á

San Juan del Río; al pasar el ejército frente á Querétaro, la vanguardia de los independientes, entre la que iba Iturbide, se componía de treinta hombres, quince infantes á las órdenes del Capitán Don Mariano Paredes (después Presidente de la República), y quince dragones mandados por Don Epitacio Sánchez; el resto del ejército de Iturbide venía aún lejos, y de esta circunstancia se aprovechó Bocinos, Comandante de la plaza, para atacar á la vanguardia. La partida era muy desigual, pues los realistas tenían cuatrocientos hombres, pero Paredes y Sánchez no se arredraron y aun hicieron punto de honor hacer frente á sus contrarios advirtiendo que de una parte toda la guarnición de la plaza y de la otra todo el ejército trigarante los contemplaba.

Iturbide fué obligado á quedarse atrás con los asistentes como reserva, y Paredes se situó tras de unas peñas. "Diríase—escribe un escritor,—que Iturbide había lanzado un rayo á su enemigo, tal fué la exaltación con que se batieron sus soldados, que hicieron prodigios, con que dieron nuevo realce á su valor; esos hombres acreditaron todo lo que les había hecho sentir y comprender su General, y cuánto daba de sí la emoción de ser ellos el centro de las miradas de su jefe, del ejército y de la nación toda. Peleábase por ambas partes con encarnizamiento, la infantería y su Coman-

dante se excedían á sí mismos; la caballería se multiplicaba con su jefe, lleno de firmeza y actividad. En una carga á la lanza, Epitacio iba á traspasar á un Mayor del Regimiento del Príncipe; de repente un joven alférez cubierto de sangre enemiga le grita: "Señor, es mi padre, no le quite usted la vida." El Mayor era Don Juan José Miñón, el alférez es hoy (1850) el General Don José Vicente Miñón."—Después de una lucha tan desigual por parte de los independientes y obstinada por la de los realistas, éstos se retiraron velozmente á Querétaro, hasta cuyas trincheras fué perseguido Bocinos, dejando en poder de los vencedores 45 muertos y heridos, siendo de estos últimos el Teniente Coronel Soria, el Ayudante Mayor de Zaragoza, Latorre, y el Capitán Vélez." El premio que los treinta insurgentes recibieron fué un escudo con el lema "30 contra 400," con cuyo nombre se conoce esa acción, dada en el paraje Arroyo Hondo. Luaces, recomendando al Virrey el comportamiento de Bocinos (que nada de bizarro tuvo), atribuye la victoria al entusiasmo fanático de que los insurgentes se hallaban poseídos y trata de hacer creer que aquel jefe se batió con todo el ejército de Iturbide.

Este, desde entonces, tuvo predilección por Don Epitacio Sánchez; entró á México el 27 de Septiembre, mandando una de las bri-

gadas de caballería, y días después, con el grado de Brigadier, quedó al frente de los Granaderos imperiales, Cuerpo distinguido por Iturbide y que fué uno de los que no defecionaron: en Enero de 1823 fué enviado al Sur para batir á los Generales Bravo y Guerrero, que se habían pronunciado contra el imperio, y tomó parte en la reñida acción de Almolonga, donde aquellos quedaron heridos y derrotados: cuando Sánchez avanzó con sus granaderos para decidir la acción, una bala enemiga le entró en la cabeza, dándole una muerte instantánea.

Así acabó el valiente insurgente Don Epitacio Sánchez cuando aún podía servir á su patria en algo mejor que no en luchas fratricidas.



DON JOSE SOTERO DE CASTAÑEDA

Vió la primera luz este insurgente tan notable, en la provincia de Michoacán, el año de 1780. Enviado por sus padres á esta capital cuando ya estuvo en aptitud de hacer estudios superiores, ingresó al colegio de San Ildefonso, donde con bastante aprovechamiento hizo la carrera de abogado hasta terminarla en los primeros años del siglo pasado. Quedó aquí ejerciendo su profesión con pocas perspectivas, tanto por su calidad de eriollo como por el gran número de abogados que había.

La guerra de Independencia que estalló á poco le abrió nuevos horizontes, y creyendo, como les sucedió á muchos profesionales, que pronto terminaría la lucha, dejó la capital y se presentó en 1812 á Rayón, que le hizo muy poco aprecio, seguramente porque ya tenía bastantes abogados

en su ejército: pasó entonces al campo de Morelos, que se encontraba en el Oriente y que necesitado de hombres de estudio para organizar sus conquistas, lo nombró Auditor de guerra y se lo llevó al Sur como segundo Secretario cuando estaba organizando el Congreso de Chilpancingo. En Febrero de 1814, que se aumentó el número de Diputados de ese Cuerpo, el Lic. Castañeda tomó parte en él como representante de la provincia de Nueva Vizcaya ó Durango, y por algún tiempo siguió la suerte de aquella Corporación; firmó la Constitución de Apatzingan, (Octubre de 1814). Emigró con el Congreso á Tehuacán, donde se vió que quedaban cuatro Diputados nada más, pues los demás ó estaban ausentes ó habían terminado su cometido; Castañeda, que tenía el carácter de Vicepresidente, suscribió como tal la comunicación que se dirigió al Virrey Calleja amenazándolo con tratarlo de igual manera que como él tratase á Morelos.

Decidido que el Congreso tuviese sus sesiones en Coxcatlán, á este pueblo se trasladó Castañeda, pero como á los pocos días disolvió Terán el Congreso, el último Presidente se dirigió en principios de 1816 á Veracruz, donde se unió á Victoria, á quien sirvió de mucho con el título oficial de Asesor, pero en realidad como consejero. Con él pasó todo el año de 1816, pero

eran tantas las penalidades que los insurgentes de esa parte sufrían, que resolvió indultarse y al efecto se separó de Victoria y desde Actópan se dirigió al jefe realista Márquez Donallo. Este "hizo al Virrey una recomendación tan encarecida de Castañeda, que prueba el interés sincero que tomaba por su suerte, así como la exposición que aquél dirigió al mismo Virrey manifiesta el grado de angustia á que se hallaban reducidos los insurgentes por efecto de la activa persecución que les hacían los jefes realistas, y la convicción que tenían los hombres honrados y sensatos de aquel partido, como Castañeda era, de la absoluta imposibilidad de obtener la Independencia con los medios y personas empleadas para ello."

Pasó á México, donde se radicó con su familia, que lo había acompañado en su azarosa vida de insurgente, y sufrió bastantes estrecheces, pero á poco de realizada la Independencia fué nombrado Auditor de guerra; al erigirse el Estado de Michoacán en 1824, fué nombrado Magistrado del Tribunal Superior del Estado, y más tarde la Federación lo hizo miembro del Supremo Tribunal de Guerra y Marina; también fué Diputado al Congreso de la Unión por su tierra natal durante el régimen centralista, y Magistrado de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, cargo que des-

empeñaba al ocurrir su muerte en esta capital, el 7 de Octubre de 1844. Por su carácter y aficiones no pudo acomodarse al medio en que vivía entre los independentes, y juzgó más oportuno prescindir de los ideales que lo habían llevado á la revolución.